

EL ESCRITOR DEL MOSSAD

© 2026 OCTÁVIO VIANA | SILENT PEN ®
EL ESCRITOR DEL MOSSAD

Publicado en EE. UU. y en la UE
Primera impresión 2026 (1.^a edición)
Referencia interna SP2026.01 | 31.08.2026 | 22:02
silentpenltd@gmail.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluidos la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa y por escrito del editor, salvo en el caso de breves citas incluidas en análisis críticos y algunos otros usos no comerciales permitidos por la ley.



*Algunas historias exigen fuentes.
Otras exigen valor.*

Prólogo

El lector siempre llega tarde.

Quizá nunca haya pensado en ello, lo cual es comprensible, hay cosas que hacemos durante toda la vida sin sentir la necesidad de examinar su mecanismo, abrir una puerta, estrecharle la mano a alguien, creer en una fotografía, empezar un libro, pero cuando el lector abre la primera página, todo lo que va a encontrar ya ha ocurrido, las personas ya han dicho lo que tenían que decir, incluido lo que más tarde jurarán no haber dicho jamás, los aviones han aterrizado o se han estrellado, los amantes se han quedado o se han marchado, los gobiernos han negado antes de confirmar, han confirmado antes de saber, los muertos han muerto sin tener la consideración de esperar a que el narrador entendiera por qué y, en algún lugar, sentado ante un ordenador, un hombre que conoce el final ha elegido la primera frase.

Ese hombre, en este caso, soy yo.

La ventaja es considerable.

Ahora conozco la importancia de personas a las que, cuando aparecieron, no presté suficiente atención, recuerdo palabras que en aquel momento me parecieron banales y que hoy cargan con el incómodo peso de las cosas que han sobrevivido a quienes las pronunciaron, sé que ciertas preguntas se formularon por la razón equivocada y que ciertas respuestas eran correctas a pesar de haberlas dado personas en las que yo no debería haber confiado, circunstancia que complica bastante la moral de las historias, porque nos enseñaron a preferir la verdad dicha por los buenos y la mentira dicha por los malos, cuando la experiencia demuestra que los malos pueden decir la verdad por interés y los buenos mentir por miedo, y que entre unos y otros existe la especie, mucho más numerosa, de quienes no saben exactamente lo que están haciendo, pero lo hacen con la suficiente convicción como para provocar consecuencias.

Todo esto lo sé ahora.

Entonces sabía mucho menos.

Sería posible intentar reproducir esa ignorancia, fingir en cada página que ignoro lo que hay en la siguiente, mostrar sorpresa donde ya no la siento, proyectar una sombra sobre el rostro de alguien cuya identidad conozco hoy, escribir «oí aquello» sin añadir que años, meses o apenas días después comprendí otra cosa, y quizá sea esa una de las convenciones

necesarias de la novela, el escritor sabe que la puerta va a abrirse, pero escribe como si aún estuviera cerrada, sabe quién está al otro lado, pero tarda en girar el pomo porque el lector ha pagado, con dinero o con tiempo, por el derecho a no saber demasiado pronto.

Hay, sin embargo, un problema.

Yo no inventé todas estas puertas.

Tampoco elegí a todas las personas que estaban al otro lado.

Algunas entraron.

Otras fueron invitadas.

Algunas personas me dijeron la verdad.

Algunas personas mintieron.

Al menos una de estas dos categorías seguirá siendo discutible cuando termine el libro.

Dirá el lector que empiezo mal, porque un narrador que en la primera página anuncia que no sabe distinguir con seguridad la verdad de la mentira quizá debería haber elegido otro oficio, a lo cual yo podría responder que precisamente por eso elegí este, aunque la respuesta sea demasiado simpática para merecer plena confianza.

La simpatía es un peligro que a menudo se subestima.

Una frase bien construida puede hacer por una idea lo que un buen abogado hace por un cliente culpable, no altera necesariamente los hechos, solo los dispone en un orden en el que parecen menos inconvenientes, empieza por la infancia, sigue con las circunstancias, introduce una duda donde antes había una certeza, deja para el final el detalle que habría cambiado la lectura del principio y, cuando termina, nadie puede acusarlo de haber mentido porque todas las piezas estaban sobre la mesa.

Simplemente no llegaron al mismo tiempo.

En estos meses he aprendido que el orden en que llega una verdad puede ser tan importante como la propia verdad.

Tal vez ya lo supiera.

Hay conocimientos que solo reconocemos después de sufrir sus consecuencias.

El lector verá una imagen y querrá saber si es verdadera, pregunta sensata pero insuficiente, porque después habrá que preguntar cuándo se hizo, quién la hizo, quién la recibió primero, quién decidió mostrarla, qué quedó fuera del encuadre, qué palabras se colocaron debajo de ella, quién tradujo esas palabras, quién las repitió y, por último, por qué todos sentimos esta necesidad infantil de creer que una cosa verdadera lleva consigo una interpretación verdadera.

Solo lleva lo que contiene.

Lo demás lo llevamos nosotros.

Lo mismo ocurre con los libros.

Fíjese en este título.

«El escritor del Mossad»

Ya ha hecho parte del trabajo antes de que yo empiece.

Ha metido una organización en la cabeza del lector, tal vez hombres de traje oscuro, tal vez aeropuertos, vigilancias, operaciones clandestinas, habitaciones donde nadie entra por casualidad, personas que saben nuestro nombre antes de que nos presentemos, todas esas imágenes que el cine nos regaló y que después le exigimos a la realidad como si estuviera obligada a corresponderse con la imaginación.

Quizá el lector haya comprado el libro por esas palabras.

Quizá lo haya abierto precisamente para descubrir en qué sentido soy el escritor del Mossad.

El artículo definido resulta especialmente comprometedor, como casi siempre ocurre con los artículos definidos cuando aparecen delante de instituciones poderosas, porque decir del Mossad parece establecer una relación que fórmulas como escribir sobre el Mossad, para el Mossad, contra el Mossad, a causa del Mossad o a pesar del Mossad aún dejarían abierta.

Podría explicar ya el título.

Sería una descortesía con las páginas siguientes y una imprudencia para conmigo.

Conformémonos por ahora con la gramática.

La gramática ya ha condenado a personas por menos.

Hay otra cosa que debo declarar antes de que empecemos, declaración es una palabra excesiva, lo admito, hace pensar en aduanas y tribunales, pero quizá convenga precisamente por eso, porque un escritor que relata acontecimientos en los que participó debería estar obligado a rellenar algo parecido a una declaración de intereses.

Conocí a algunas de estas personas antes de empezar esta historia.

Algunas me gustaron.

Deseé a algunas.

Desconfié de personas que quizá no merecieran esa desconfianza y confié en otras que sin duda hicieron algo para merecer mi desconfianza, aunque puede que no fuera lo que yo pensaba.

Tuve intereses económicos.

Tuve vanidad.

Tuve miedo, menos veces de las que habría sido prudente y más de las que admití entonces.

Quise comprender.

También quise tener razón.

Esos dos deseos no son sinónimos.

Tal vez esta sea la información más útil que puedo ofrecerle al lector antes de pedirle que me acompañe.

Un hombre que investiga algo busca la verdad, se dirá, pero un hombre que ya ha formulado una hipótesis muchas veces solo busca material lo bastante sólido para dejar de llamarla hipótesis, y existe una enorme diferencia entre ambas actividades, aunque vistas desde fuera puedan entrañar las mismas llamadas telefónicas, los mismos documentos, los mismos aviones y las mismas noches sin dormir.

También escribí este libro.

Ese hecho me coloca en una posición peor.

Puedo eliminar una vacilación.

Puedo colocar dos conversaciones una al lado de la otra cuando entre ambas transcurrieron quince días.

Puedo recordar una mirada después de saber lo que ocurrió y atribuirle una intención que en aquel instante no vi.

Puedo decir que sospeché.

Puedo escribir que algo me inquietó.

Incluso puedo creerlo sinceramente.

La memoria es excelente a la hora de fabricar presentimientos después de conocer el desastre.

Por esa razón, cuando escriba que en aquel momento no sabía, el lector podrá creerme o no.

Cuando escriba que hoy sí lo sé, recomiendo mayor prudencia.

Saber después es una forma muy cómoda de inteligencia.

Existe además una tentación más peligrosa, la de confesar de antemano los propios defectos para impedir que el lector los descubra por sí solo, técnica antigua y bastante eficaz, admito que soy vanidoso y quizá el lector deje de buscar la manipulación, reconozco que tuve intereses económicos y parece que hemos resuelto el conflicto de intereses, explico que puedo haber sido utilizado e inmediatamente me transformo, por un pequeño milagro narrativo, de cómplice en víctima.

Conviene que el lector no me conceda esa facilidad.

Tampoco le pido lo contrario.

Sería igualmente cómodo convertir cada silencio en una conspiración, cada coincidencia en un plan, cada hombre reservado en un agente y cada agente en un representante perfecto de la institución a la que pertenece, como si los Estados tuvieran una única voluntad y las organizaciones fueran criaturas con cerebro propio, sin incompetentes, disidentes,

vanidosos, prudentes, fanáticos, funcionarios idiotas, quemados, cansados y personas que sencillamente recibieron una orden un viernes y querrían llegar a casa a su hora.

Desconfíe, por tanto.

Inclúyame en la lista.

Solo le pido una cosa, y ni siquiera esta tengo autoridad para exigirla: espere a que lleguen los hechos antes de elegir la explicación.

Yo mismo fracasaré varias veces en esa disciplina.

Tal vez el lector también.

Así funcionan estas cosas.

Primero ocurre algo.

Después alguien le pone un nombre.

A continuación empezamos a luchar por el nombre y, cuando por fin volvemos a mirar lo ocurrido, ya casi nadie consigue verlo sin la leyenda.

Podría empezar esta historia en Lisboa.

Podría empezarla en una embajada.

Podría elegir una sala, una pregunta, un nombre pronunciado por alguien que sabía más que yo, porque ahora conozco la utilidad narrativa de esas cosas y ningún escritor ignora la ventaja de abrir un libro con una amenaza bien situada.

Sería falso.

La historia comenzó en un lugar mucho más inconveniente para un *thriller*.

Comenzó con la felicidad.

Había una mujer conmigo.

Esto, ahora lo comprendo, también hará que el lector saque conclusiones antes de tiempo.

No intentaré impedírselo.

En aquel momento yo no pensaba en este libro, no pensaba en servicios de inteligencia, no pensaba en gobiernos, en operaciones de influencia, en imágenes, fuentes, atribuciones ni en el orden en que una verdad debe llegar para conseguir vencer a otra.

Estaba de vacaciones.

Tal vez esta sea la última frase enteramente inocente de este libro.

1

El pie en el agua

España, Mallorca, Ses Salines, Es Carbó

Mi pie entró en el agua cuando el *llaüt* descendió con el oleaje, salió enseguida, volvió a entrar y durante un rato esa fue la única medida del mundo que acepté, el contacto tibio que me subía por los dedos y la madera calentada por el sol bajo la espalda. Estaba tumbado a lo largo, junto a la borda, con una pierna doblada dentro de la embarcación y la otra colgando por fuera, el libro abierto sobre el pecho, sujeto con el pulgar para que la brisa no me obligara a releer páginas que ya había leído. El casco se mecía sin prisa. Yo también.

A la sombra del toldo claro, una botella de vino blanco se mantenía fresca en una pequeña nevera portátil, entre hielo derretido y dos envases de fruta. Había dos copas en los bancos, una con la marca de los labios de Cláudia, la otra junto a mi camisa, y una toalla retorcida sobre una defensa. El motor estaba apagado. Los cabos daban pequeños chasquidos contra la madera barnizada, ruido suficiente para recordar que el barco tenía peso e historia, insuficiente para exigirnos decisión alguna.

Cláudia nadaba a pocos metros, apareciendo y desapareciendo tras el resplandor de la superficie, un brazo, el pelo mojado, el rostro alzado para respirar. Se había quedado en el agua cuando yo subí, lo cual era previsible, tan previsible como el hecho de que me robara la toalla pese a haber traído dos o de que por la noche negara que roncaba, con la serenidad de quien sabe que en una cama compartida no existen testigos imparciales. Conocía esas pequeñas leyes suyas. Ella conocía las mías y las infringía por deporte.

Es Carbó, desde el mar, era una larga franja de arena muy clara, con dunas y monte bajo detrás, ningún hotel que rompiera la línea del arenal, ninguna terraza, nadie intentando vender sombra a quien ya tenía sol de sobra. Un islote bajo interrumpía el horizonte cercano y, más mar adentro, casi disuelta en la claridad, se intuía Cabrera. Habíamos salido de Es Port por la mañana y fondeado sobre un claro de arena, lejos de la parte de la playa donde se repartían quienes habían llegado a pie por las dunas.

Retiré el pie cuando una ola un poco más alta me mojó por encima del tobillo, esperé a que pasara y dejé caer de nuevo la pierna. La página que

leía tenía una esquina doblada, aunque usaba como marcapáginas un recibo doblado en cuatro, contradicción sin consecuencias, de las muchas que un hombre de vacaciones puede tolerar sin abrir un expediente. Bebí un sorbo, dejé la copa sobre la madera y quedó un círculo húmedo.

El teléfono empezó a sonar dentro de la bolsa de playa.

Lo dejé sonar, y el lector me concederá que eso es un pequeño placer: no cuesta nada y da gusto. Cláudia dio otras dos brazadas, se puso boca arriba unos segundos, continuó. El sonido insistía, amortiguado por la ropa y el protector solar, desagradable no porque fuera fuerte, que no lo era, sino porque venía de otra vida, de esa que yo había dejado más allá de la costa. Cuando se detuvo, volví a la frase interrumpida y no llegué al final, porque el aparato empezó de nuevo.

Cláudia levantó la cabeza, localizó el ruido y nadó hacia el *llaüt* a brazadas cortas. Se agarró a la escalerilla, subió por la popa, se quedó un instante recobrando el aliento, con el agua escurriéndole del pelo por los hombros, abrió la bolsa, apartó mi camisa y encontró el teléfono antes que yo.

—Lleva muchísimo tiempo sonando.

—No es culpa mía.

—Pues no. Debe de ser culpa del teléfono.

Miró el nombre en la pantalla, no hizo ningún comentario y me lo tendió. Las gotas le corrieron por el antebrazo hasta mi mano, una cayó sobre la página abierta y oscureció el papel. Me senté, pasé el pulgar por el margen de la hoja y contesté.

—Dime.

—¿Estás solo?

Miré a Cláudia, que había cogido su copa y bebía de pie, sin preocuparse en absoluto por el agua que iba dejando sobre la cubierta.

—No.

—¿Puedes hablar un minuto?

—Puedo.

Quien me llamaba era un amigo portugués, judío, de Lisboa, al que conocía desde hacía tiempo suficiente para que no necesitara inventarse un pretexto cuando le apetecía hablar conmigo. No trabajaba en seguridad, no vivía de información reservada, nunca se había presentado como enlace con ninguna institución. Conocía gente, como todos, aunque ciertas relaciones sociales adquieren una importancia retrospectiva cuando después ocurre algo, y es por ese camino tortuoso por el que una lista de contactos se convierte en una red y una cena en una reunión preparatoria, operación

en la que el narrador que escribe esto tiene tanta responsabilidad como cualquier otra persona.

—Me han pedido que te avise de una cosa —dijo—. Alguien de la Embajada de Israel quiere hablar contigo.

Aparté el libro de la zona mojada y lo dejé en el banco.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Quién te lo ha pedido?

Hubo una breve pausa, y no era una pausa de misterio, sino de prudencia, algo mucho más común.

—Una persona que conozco. Solo me ha pedido que te transmita esto.

—¿Y sobre qué?

—Me han dicho que tiene que ver con unas preguntas que hiciste. Es la única explicación que me han dado.

Preguntas había hecho muchas a lo largo de mi vida, y dos o tres aquella semana, pero solo un asunto reciente podía justificar que una representación diplomática israelí en Lisboa consiguiera mi número a través de un amigo común. Días antes, por una vía española sin ninguna relación con aquel hombre, me había llegado una vaga advertencia acerca de Ceuta: alguien parecía creer que allí se preparaba una situación fuera de lo habitual o que ciertas personas sabían de antemano más de lo que les correspondía saber, y la formulación era tan pobre que servía por igual para una advertencia verdadera, un rumor, una provocación o el simple afán de parecer informado, que es la más barata de las cuatro posibilidades y la más frecuente.

Llamé entonces a tres contactos. Uno dijo que no sabía nada. Otro habló conmigo durante seis minutos sin responder a la pregunta, ejercicio que exige más talento del que se supone. El tercero nunca me devolvió la llamada. Podía repartir aquellas reacciones entre cuatro explicaciones, y así lo hice, porque es lo que hago: no tenían información, la tenían y no podían compartirla, consideraban absurda la premisa o no querían quedar asociados a ella. La dificultad, que aquel domingo me pareció bastante menor de lo que me parece hoy, radicaba en no tener un solo hecho que me permitiera escoger entre las cuatro.

—¿Cómo han llegado hasta mí? —pregunté.

—No lo sé, Octávio.

—¿Saben dónde estoy?

—Yo sabía que estabas de vacaciones. No me han preguntado dónde.

Cláudia se sentó a mi lado, estiró las piernas al sol, cogió el libro, vio la gota en la hoja y me pasó la punta de la toalla, no por servicial, sino

porque había sido yo quien había protestado cuando subió chorreando, y en estas devoluciones hay una justicia cotidiana que no requiere comentarios. Si oyó mencionar la Embajada, no dio muestras de ello; el volumen estaba bajo, el mar golpeaba el casco con pequeños embates y la voz de mi amigo era poco más que una vibración contra el oído.

—¿Hay algo más?

—Solo eso. Puede que llamen sin que aparezca ningún número. Si ocurre, contesta. Es lo que me han pedido que te diga.

—¿La Embajada?

—Eso es lo que me han dicho.

La pobreza de la respuesta era, en su caso, la mejor credencial que podía presentar, porque quien sabe poco suele compensarlo con interpretaciones, sobre todo cuando quiere seguir siendo necesario, y él no compensó nada. Me preguntó si todo iba bien, respondí que sí, intercambiamos dos frases sobre Lisboa y colgamos. Nunca volvió a hacer de intermediario en nada, ni en aquel asunto ni en ningún otro.

Sequé la página con la toalla, despacio, para no rasgar el papel reblandecido. Escribo esto sabiendo lo que vino después y reconozco que esa es una ventaja que corrompe, porque me permitiría atribuir al hombre sentado en aquella cubierta una perspicacia que no tenía, cuando el inventario verdadero de lo que sabía era breve y cabe en tres líneas: alguien de la Embajada quería hablar con él, la razón tal vez estuviera en las preguntas recientes, la llamada podía llegar sin identificación. Todo lo demás se añadió más tarde, por los hechos, por personas con interés en los hechos y también por mí, que no soy el menos interesado de los tres.

Cláudia dejó la copa entre nosotros.

—¿Quién era?

—Un amigo de Lisboa.

—¿Trabajo?

—No exactamente. Ha dicho que la Embajada de Israel quiere llamarme.

Se quitó el agua de los ojos con ambas manos y esperó la parte siguiente. Como no se la di, se limitó a preguntar:

—¿Tenemos que volver?

—No.

—¿Hay problemas?

—Todavía no.

—Estupendo. Entonces tienes tiempo para meterte en el agua.

—Estoy leyendo.

—Estabas atendiendo llamadas.

—Una llamada.

—Dos intentos. Los he contado.

Alargó la mano hacia el libro, yo lo aparté, ella avanzó por el banco, levanté el brazo y durante unos segundos nos comportamos con toda la compostura posible para dos personas casi desnudas que se disputaban un volumen dentro de un barco pequeño, es decir, ninguna. Cláudia desistió primero, lo que debería haberme puesto sobre aviso, cogió la copa y la inclinó hacia las páginas.

—Ni se te ocurra.

—Esto es vino. No les hace daño a los libros de vacaciones.

—A este sí.

—Pues ponlo a salvo y ven.

Marqué la página con el recibo, cerré el libro, lo guardé en la bolsa y, cuando me volví, ella ya estaba en la popa, con un pie en el primer peldaño de la escalerilla y la barbilla alzada hacia el mar.

—Hasta la proa y vuelta.

—Eso no es una distancia.

—Para ti basta.

Se zambulló antes de que pudiera responder y yo fui detrás, no porque hubiera aceptado la competición —diría, si aún mereciera la pena mentir sobre asuntos tan pequeños—, sino porque quedarme a bordo habría dado la razón a la acusación, y hay hombres que atraviesan la vida nadando solo para no confirmar frases pronunciadas por mujeres de buen humor. El agua me recibió sin sobresalto. Nadé unos metros por debajo de la superficie, salí junto al costado y la vi ya bordeando la proa redondeada, ayudándose con una mano en la borda, lo que ante un tribunal deportivo habría supuesto su descalificación.

La alcancé a la vuelta. Intentó agarrarme por el tobillo, falló, después me cogió del brazo y acabó pegada a mi pecho, riéndose y tragando un poco de agua. Nos besamos allí, con las piernas buscando equilibrio donde no había fondo, un beso breve, salado, que ella interrumpió para respirar. Después me empujó para apartarme.

—He perdido por tu culpa.

—Tú inventaste la prueba.

—Y tú me ganaste.

—También por tu culpa.

Nos quedamos un rato más junto a la escalerilla, sin competir. Su mano me recorrió la nuca, la mía le bajó por la espalda y se detuvo en la cintura. No había en aquel gesto promesa ni falta de ella, estaba el cuerpo presente, el calor acumulado durante el día y la facilidad de dos personas que ya

sabían dónde podían tocar sin volver a pedir todo lo que antes se había consentido, aunque cualquiera de los dos pudiera cambiar de idea y el otro estuviera en condiciones de reconocer el cambio sin necesidad de palabras.

Subimos. Cláudia se apoderó de la toalla con la que yo había salvado la página y se envolvió en ella, dejándome la segunda, seca, que, según un sentido de la justicia exclusivamente suyo, le pertenecía menos. Serví más vino para los dos. La botella seguía fría, el cristal se empañó en mi mano y una gota bajó por la etiqueta hasta el fondo.

—¿Dónde cenamos? —preguntó.

—Ya veremos cuando lleguemos.

—Ayer dijiste eso y acabamos en el primer sitio donde había mesa.

—Comimos bien.

—Tenías hambre. No es el mismo criterio.

Se sentó a la sombra y se separó el pelo en mechones con los dedos para que se secara. Hablamos de los días siguientes, de volver a una cala en la que ya habíamos estado, de atravesar la isla sin decidir la víspera dónde dormiríamos, de quedarnos otra noche en la Colònia de Sant Jordi porque cambiar de alojamiento siempre nos robaba una mañana. Los planes acababan con su regreso y mis obligaciones de agosto, y ninguno de los dos consideró necesario hablar de lo que había después, ausencia de conversación que otros interpretarían como una falta y que allí era simplemente mesura.

—¿De verdad vas a Nápoles el día seis? —preguntó.

—Tengo que ir.

—Pensaba que podrías resolverlo a distancia.

—Yo también. No se puede.

—¿Por los datos de los barcos?

—Datos marítimos.

—Eso he dicho.

—Has dicho barcos.

—Octávio, ¿flotan?

—Algunos de los objetos a los que se refieren los datos, sí.

—Pues ya está.

Yo había colaborado en dos componentes de Ariadne y no había diseñado el sistema completo, distinción que en mi sector conviene repetir porque la gente atribuye a quien habla de una obra la autoría de todo aquello que no comprende. Uno de esos componentes organizaba información marítima. Quedaba por cerrar un acuerdo con un socio de la región de Nápoles, parte en dinero, parte en derechos de uso, y la sociedad que mi

hermana tenía con Cláudia necesitaba que yo estuviera presente en la mesa.

—¿Por Ariadne? —preguntó Cláudia.

—Sí. Ese monstruo.

—¿Monstruo?

—Sabes a qué me refiero.

—Eso solo ordena papeles para abogados.

—Claro.

—Así que es útil.

No corregí nada más. Ella sabía lo suficiente para saber que yo había colaborado en dos partes y que, por eso, sabía hasta dónde podía llegar aquello, honestidad que yo apreciaba, tal vez porque la mayor parte de mi vida profesional transcurría en salas donde todos fingían comprender antes de averiguar si comprenderlo daba dinero. Nápoles ya figuraba en el calendario. Ninguna llamada de Lisboa había hecho que figurase allí.

Se tumbó en el banco, con la cabeza apoyada en la bolsa, cerró los ojos y al poco rato su respiración se hizo más lenta. Volví al libro, encontré la mancha de la gota y pasé por ella sin dificultad. La playa se fue llenando a lo largo de la tarde, aunque desde el mar siguiera pareciendo casi desierta; pequeños grupos que aparecían en el arenal tras recorrer el camino entre las dunas buscaban sitio, abrían sombrillas y entraban en el agua. Nadie había ido hasta allí por nosotros, y escribo esta frase precisamente porque, meses después, habría sido cómodo escribir lo contrario.

Un barco más grande pasó mar adentro y levantó un oleaje que nos llegó ya manso. Sujeté la copa antes de que cayera. La proa subió y bajó, y mi pie, de nuevo fuera de la borda, perdió por unos instantes el contacto con la superficie. El toldo crujió. Cláudia abrió un ojo.

—¿Seguimos vivos?

—Por poco.

—Despiértame si empeora.

Volvió a dormirse. Leí algunas páginas más, cerré el libro sin marcar el punto y me quedé observando la sombra del mástil mientras atravesaba la cubierta. No pensé en la Embajada durante un lapso que no sé medir y que no voy a engrandecer para mejorar mi imagen. El teléfono no sonó. El vino empezó por fin a perder el frío, la arena fue adquiriendo un color menos blanco y Cabrera acabó por dejar de distinguirse del cielo.

Más tarde se despertó con hambre, se comió la fruta que quedaba y me acusó de haber escogido los melocotones más duros del mercado. Volvimos a zambullirnos, esta vez sin prueba ni ganador. Ella subió primero y se tumbó al sol para secarse; yo me quedé agarrado a la escalerilla, con

medio cuerpo sumergido, escuchando el sonido que hacía el oleaje dentro del casco, hueco y regular, un sonido que no necesitaba traducción alguna.

Cuando bajó la luz, recogimos las copas, cerramos la nevera portátil y metimos la ropa en la bolsa. Cláudia se recogió el pelo y llevó una defensa a la popa. Levé el ancla, que salió limpia del fondo arenoso y solo dejó caer agua y granos claros. Recogí el cabo, comprobé que no hubiera quedado nada suelto y encendí el motor.

El *llaüt* avanzó despacio y Es Carbó fue perdiendo detalle, primero la franja de arena, después el verde bajo reducido a una línea, y el islote que durante horas había parecido al alcance de la mano quedó atrás. Cláudia se sentó a mi lado, con una camisa sobre el bañador, y apoyó los pies donde yo había estado tumbado. No hablamos de la llamada. Sí discutimos, en cambio, si el primero en ducharse en la villa debía ser quien había llevado el barco o quien más había nadado.

—Llevar el barco no te deja sal en el pelo —dijo ella.

—Nadar fue elección tuya.

—También fue elección tuya, después de que yo te obligara.

—Eso no hace más que reforzar mi argumento.

—No tienes ningún argumento.

Al acercarnos a la Colònia de Sant Jordi reaparecieron los motores, las voces, las embarcaciones cercanas, el movimiento del puerto, la playa urbana pegada a las casas. Reduje la velocidad. Cláudia preparó la defensa, esperó a que le indicara el costado y se quedó lista junto a la borda, sin convertir la ayuda en una exhibición, cualidad rara en tierra y aún más rara en el agua. Entramos en Es Port con la naturalidad de quien sabía desde el principio que el día acabaría en tierra, entre gente, platos y luz eléctrica.

Después de atracar, saltó al muelle y esperó a que le pasara la bolsa. Miré el teléfono. Ninguna llamada sin identificar, ningún mensaje de la Embajada, ningún nuevo contacto de mi amigo. Me guardé el aparato en el bolsillo.

—¿Dónde vamos a cenar? —preguntó ella, encaminándose ya hacia los restaurantes.

Solté el último cabo que aún tenía entre las manos, lo dejé a bordo y fui detrás de ella.

2

El número anónimo

España, Mallorca, Port de Sóller

El móvil vibró contra la mesa e hizo que la cucharilla se desplazara dos centímetros sobre el platillo. Cláudia interrumpió la discusión sobre el tranvía, que para ella solo merecía la pena si nos sacaba del calor y para mí la merecía precisamente porque no nos llevaba de prisa a ninguna parte, y miró la pantalla cuando lo levanté. No aparecía ningún nombre, prefijo ni secuencia de cifras. A su espalda, los raíles discurrían junto al paseo marítimo y la curva de la bahía encerraba unas aguas resguardadas, llenas de mástiles, ruido de vajilla y voces de quienes aún almorzaban bajo los toldos.

—Llamada anónima.

—¿Es esa?

Yo recordaba el aviso recibido en Es Carbó y Cláudia recordaba que se lo había contado, nada más, lo que puede parecer poco a quien considera la intimidad como el derecho a saberlo todo, pero era bastante para nosotros, que nunca habíamos medido el afecto por el número de explicaciones exigidas.

—Debe de ser.

—Contesta.

Contesté. La mujer confirmó mi nombre, se presentó como funcionaria israelí de la Embajada de Israel en Lisboa y preguntó si podía hablar. Su portugués era correcto y no busqué en la pronunciación ningún indicio biográfico, práctica muy apreciada por quienes desean convertir dos vocales en una ficha personal.

—Sí, puedo. Estoy en Mallorca.

—Gracias por decírmelo. Queremos hablar con usted en persona cuando regrese a Portugal.

—¿Sobre qué?

—Preguntas que ha formulado recientemente.

—¿A quién?

—Sobre Ceuta.

Cláudia hizo una seña al camarero y pidió la cuenta moviendo solo los labios, sin apartar su atención de mí. El tranvía pasó en ese momento,

chirriando en la curva, con las ventanillas llenas y el barniz reflejando el sol, así que me tapé el otro oído durante unos segundos.

—¿Hay algún problema?

—Preferimos hablar en persona.

—¿Es un asunto consular?

—No.

—¿Estoy hablando con una diplomática?

—En este momento está hablando conmigo.

La respuesta me irritó, quizá porque era impecablemente cierta y, por tanto, inútil, cualidad que encontraría con frecuencia en aquel circuito, donde una frase podía cumplir todo lo que prometía y dejar al destinatario sin aquello que necesitaba.

—¿Y con quién hablaré en Lisboa?

—Se lo presentarán allí. ¿Puede estar en el número dieciséis de la calle António Enes el lunes a las once?

Repetí el día, más para ganar margen que porque hubiera oído mal.

—¿Hay algún problema?

—El día seis tengo que estar en Nápoles.

—Entonces el lunes parece más conveniente que el viernes.

No había ironía en su voz, o yo no la detecté. Acepté la hora. La mujer explicó que recibiría una confirmación normal, con instrucciones de acceso, y puso fin a la comunicación sin pedirme detalles del viaje, mi paradero en la isla ni un compromiso de confidencialidad. La banalidad de la conversación no me tranquilizó, pero tampoco me autorizaba a inventar lo que faltaba.

Cláudia esperó a que dejara el móvil sobre la mesa.

—¿Así que era esa?

—Sí. La Embajada de Israel.

—¿Qué quieren?

—Hablar.

Cláudia mantuvo los ojos fijos en mí durante un instante y después pagó la cuenta que había traído el camarero.

—Eso ya lo he entendido.

—Por lo de Ceuta.

—¿España?

—Sí.

—¿Es grave?

—Ni siquiera sé si es algo.

Cláudia dobló el recibo, lo guardó en la cartera y señaló el tranvía, que ya recorría la curva opuesta de la ensenada.

—Este lo hemos perdido.

—Hay otro.

—¿Y si nos quedamos junto al mar?

—Lo prefiero. El tranvía es demasiado turístico.

—Perfecto, entonces.

Nos quedamos. Bajamos hasta la franja de Es Través, caminamos sin rumbo por la zona urbana y alquilamos dos tumbonas durante las horas en que las laderas de la Tramuntana iban restándole luz a un lado de la bahía. Las embarcaciones apenas se movían dentro del abrigo, aunque todo a su alrededor estaba organizado para el movimiento: familias que llegaban, camareros que recogían platos, bicicletas que cruzaban las vías, pasajeros que esperaban el siguiente tranvía. Es Carbó nos había permitido fingir que el mundo se había quedado al otro lado de la costa; Port de Sóller nos lo devolvía ya listo, servido y facturado.

Cláudia leyó durante media hora y se quedó dormida con las gafas de sol en la mano. Yo vi llegar la confirmación de Lisboa, leí las normas de acceso y la archivé. No abrí las conversaciones sobre Ceuta. Había hecho tres intentos y obtenido tres formas distintas de inutilidad, e insistir en aquel momento habría servido sobre todo para convencerme de que estaba actuando, esa ilusión con la que tantos investigadores aficionados sustituyen los resultados.

Cuando Cláudia se despertó, quiso saber si al día siguiente pasaríamos por Sóller o seguiríamos hasta Palma. Le dije que podíamos decidirlo al despertarnos. Me recordó que tenía un vuelo directo a París y necesitaba recoger una maleta que había dejado en otro hotel; yo regresaría a Lisboa, prepararía el viaje a Nápoles y encontraría la manera de llenar los intervalos entre compromisos con tareas que, vistas desde fuera, parecían ya hechas.

—¿Vas a Oporto? —preguntó.

—Lo dudo.

—¿Pero tu vuelo de vuelta no es a Oporto?

—Quiero resolver lo de Lisboa.

—¿Lisboa? ¿Qué asunto?

—La Embajada.

—¡Ah! Ya ni me acordaba.

Fuimos a por unos helados, vimos regresar el tranvía lleno y acabamos subiendo ya casi al final del servicio, sentados en asientos separados durante la mitad del trayecto. Cláudia conversó con una niña francesa que le preguntó si el vagón era un tren de juguete. Cuando quedó libre un asiento a mi lado, vino a ocuparlo y apoyó la rodilla contra la mía.

—Cree que esto es un tren de juguete.

—Casi lo parece, vamos a paso de tortuga.

—Pero es divertido.

—Sí.

Cláudia miró por la ventanilla durante un rato. Pasábamos entre casas, muros bajos y árboles, lo bastante despacio para que todo pareciera más cerca de lo que estaba.

—Mallorca ha estado bien —dijo ella.

—Sí.

—Deberíamos habernos quedado dos días más.

—Tienes París.

—Ya. Solo de pensarlo... trabajo.

—También hace falta.

Se terminó el helado y se quedó con la cucharilla de madera entre los dedos.

—¿De verdad vas a ir a la Embajada?

—Obvio. Voy a Lisboa expresamente. Lisboa no me gusta especialmente.

—¿Conoces a alguien allí?

—¿En la Embajada? Que yo sepa, no.

—¿Y en Israel?

Lo pensé un instante.

—Yo qué sé. Conozco a algunos judíos que tienen contactos en Israel. Personas que trabajan con gente de allí. Gente con contactos...

Volvió la cabeza hacia mí.

—¿Contactos?

—Sí. Conocen gente.

—¿Qué gente?

—No sé, Cláudia. Gente. Gobierno, empresas, ese tipo de cosas.

—Ya. Ya me hago una idea. De esas cosas tuyas. Mejor ni saberlo.

El tranvía entró en una curva y ella volvió a apoyar la rodilla contra la mía.

En los días siguientes, Ceuta empezó a irrumpir en los telediarios con una asiduidad capaz de volver dudoso hasta el sonido del topónimo, sin que de ello naciera claridad sobre lo que estaba ocurriendo, pues un nombre reiterado por la voz colectiva acaba adquiriendo una mácula que muchos presienten y pocos saben de dónde procede. Ya en los siete días anteriores el panorama se había vuelto áspero; más de un millar de personas habían alcanzado el enclave por mar, a nado, y los responsables municipales habían dado la voz de alarma. Todo eso era conocido, estaba a la

vista de quien quisiera tomar nota y habría bastado para que muchos previeran un empeoramiento sin voces veladas, profecías ni manos detrás de la trama, pues ciertas predicciones solo parecen prodigiosas cuando la vigilancia empieza después.

Yo leía dos o tres artículos, apagaba la pantalla e iba a reunirme con Cláudia. Comíamos, nadábamos y discutíamos qué rumbo tomar. La vida tiene esta clase de insolencia; pide hambre, agua, caminar, sueño, incluso cuando una noción empieza por fin a decir Ceuta.

Nos despedimos en la zona de salidas del aeropuerto de Mallorca, entre la báscula de equipajes y un panel que nos enviaba a puertas distintas. Cláudia sacó de la bolsa una prenda ligera de abrigo que no había usado durante la estancia, se la puso y consultó el embarque. Yo iba a Lisboa. Ella, a París. Ni ella ni yo hablamos de cambiar de rumbo.

En un televisor, Ceuta reapareció; unos nadadores avanzaban hacia tierra firme, los policías corrían junto a la valla y los locutores empleaban expresiones cuyo peso aumentaba más deprisa que el conocimiento disponible. Oí en dos ocasiones un término bélico, capaz de convertir un viaje en una ofensiva sin saber quién da las órdenes, quién las cumple, quién huye o quién solo intenta llegar.

Ya lo había oído días antes, en el hilo por el que me había llegado la pregunta sobre Marruecos, la CIA y el Mossad, y fue ese eco lo que retuvo mi atención, no porque revelara una coordinación —habría sido demasiado perfecto, quizá pueril, pues una fórmula útil circula libre y encuentra imitadores sin jefe—, sino porque parecía forjada para el caso que después le daría apariencia de indicio, como si el molde apareciera antes y lo real, obediente, llegara después para amoldarse a él.

Cláudia siguió mi mirada.

—¿Tienes que irte?

—Sí.

—Yo también.

Nos besamos, nos abrazamos durante unos segundos y ella retrocedió para ajustar el asa de la maleta.

—Diviértete en Nápoles.

—Voy a trabajar.

—Eso es lo que he dicho.

—Buen viaje.

—Tú también.

Se dirigió al control de pasajeros y no miró atrás, no por frialdad ni para dejarme una imagen literaria, sino porque buscaba la tarjeta que acababa de guardar. La vi desaparecer en la fila, caminé hasta mi puerta y

compré un periódico que no llegué a abrir. La felicidad de aquellos días no quedó mermada por terminar allí. Había tenido la duración que ambos le habíamos dado.

La magnitud cambió durante el viaje. Las pantallas del aeropuerto aún hablaban de miles; cuando aterricé, la estimación ministerial ya rozaba las cuarenta y nueve mil entradas en un día, por mar y por tierra, y los balances hablaban de decenas de muertos. España intentaba frenar el flujo y hacer regresar a muchos de los que habían cruzado. Las cifras cambiaban de una emisión a otra, las imágenes se repetían y la dimensión europea se hacía presente a través del lenguaje político, ese mecanismo por el que una tragedia humana se convierte también en una disputa sobre fronteras, soberanía, responsabilidad y palabras.

Yo sostenía una maleta con ropa usada en la isla y veía, en un monitor suspendido, a personas dentro del agua, unas avanzando, otras siendo arrastradas, mientras un rótulo clasificaba el episodio. Pensé en el orden de los términos que me habían llegado: Ceuta, presión, Marruecos, estadounidenses, israelíes. El relato privado no había incluido fecha, cantidad, trayecto ni balance de víctimas. Contenía una geografía y unos actores lo bastante amplios para sobrevivir a distintos desenlaces, lo cual debería haberlo debilitado, aunque el desenlace real le había prestado una apariencia de precisión.

Escribir después concede una ventaja deshonesta y yo podría utilizarla para convertir al Octávio de aquella semana en un observador más perspicaz de lo que fue, ofrecerle cifras que aún no se habían publicado, imágenes que aún no existían y la lucidez de quien siente acercarse la Historia, pero el lector conoce el episodio y yo no lo conocía cuando pregunté. Tenía una palabra, Ceuta, y demasiados servicios secretos añadidos por terceros. Conviene mantener la ignorancia en el punto del relato al que pertenece, pues cambiar el orden del conocimiento es una forma muy eficaz de falsificar sin alterar un solo dato.

En Lisboa, dejé la maleta sin abrir, saqué el pasaporte y la documentación de Nápoles, confirmé la hora en la Rua António Enes y busqué versiones actualizadas sobre la crisis. Las fuentes públicas permitían establecer lo que se había visto, anunciado o estimado; no vinculaban a la CIA, al Mossad ni a organismos marroquíes con una operación clandestina conjunta. La distancia entre esos dos planos crecía con cada vídeo, no disminuía, porque cuanto más real se volvía el sufrimiento, más fácil era adosarle el relato que ya aguardaba su circulación.

La mañana señalada, llegué a la Rua António Enes con diez minutos de antelación. Mostré el documento, seguí las indicaciones recibidas y

esperé en una sala funcional donde había sillas, agua y publicaciones institucionales. No encontré pasillos secretos, mapas iluminados ni puertas destinadas a satisfacer el imaginario de quien visita una representación diplomática en busca de espionaje; encontré procedimientos de acceso y funcionarios que cumplían sus tareas, lo cual no demostraba inocencia ni conspiración, sino tan solo que una institución real funcionaba mientras yo ignoraba la naturaleza de quien había pedido verme.

Entró un funcionario y presentó al visitante que lo acompañaba.

—Ariel Nevo, de Jerusalén.

Ariel me estrechó la mano y me dio las gracias en portugués. Llevaba un traje oscuro sin corbata y un abrigo ligero doblado sobre el antebrazo, pero no llevaba maletín. Se sentó después de mí, ensayó otras dos frases en mi idioma y pasó al inglés con una breve disculpa. Hablamos en inglés; escribo la conversación en portugués, ahorrándole al lector la representación innecesaria de una lengua que ambos comprendíamos.

—¿Ministerio de Asuntos Exteriores? —pregunté.

—Gobierno.

—Eso abarca bastante.

—Sí.

No precisó su cargo. Sobre la mesa había una jarra, dos vasos y un bloc sin membrete. Ariel no abrió el bloc.

—¿Quién le habló de Ceuta cuando la emergencia pública aún era de otra magnitud?

La pregunta llegó sin preámbulos y la incomodidad no nació de que supiera que yo había preguntado, circunstancia ya anunciada, sino de que situara el momento pertinente en la fase en que la mayoría aún veía un problema grave y limitado, no los acontecimientos que acabarían ocupando a Europa.

—No me hablaron de Ceuta. Me hicieron una pregunta.

—¿Cuál?

—Si podía averiguar si había israelíes implicados.

—¿Israelíes?

—Dijeron Mossad.

Ariel no cambió de postura.

—¿Y qué hizo?

—Dije que no tenía acceso al Mossad.

—Después buscó a tres interlocutores.

Tres, dijo, y fue ese número, tan pequeño y tan exacto, lo que me hizo detenerme. Conviene no olvidar que yo no le había revelado a la

funcionaria cuántos habían sido y que mi conocido de Lisboa, que tantas cosas sabe o finge saber, tampoco disponía de ese dato.

—¿Fueron ellos quienes se lo dijeron?

—¿Eso es importante?

—Para mí, sí.

—Lo entiendo.

—¿Lo entiende? Pero no me dice qué quiere en realidad, no responde a nada, solo me hace preguntas. Si esto es una investigación, mejor en la Fiscalía y con un abogado presente.

—Le he hecho venir para entender qué recibió.

—Y yo necesito saber quién quiere saberlo.

Ariel sirvió agua para los dos. No aprovechó la pausa para parecer amenazador; bebió, dejó el vaso y retomó la conversación en el punto que le convenía, lo cual resultaba más eficaz que cualquier teatralidad.

—El hecho de que estemos preguntando no confirma lo que oyó.

—Tampoco lo desmiente.

—No le he invitado a un juego de lógica.

—Eso es precisamente lo que ha hecho.

Exhaló por la nariz, sin sonreír.

—¿Quién quería que creyera eso?

Me había preparado para una discusión sobre la veracidad del rumor o, al menos, para que Israel se negara a discutirla, y el cambio me dejó unos segundos sin respuesta. Quien me había hecho llegar la pregunta podía estar buscando una verificación, utilizándome para acceder a canales a los que no tenía acceso o deseando únicamente que yo empezara a repetir la asociación. Las tres hipótesis cabían en el mismo gesto inicial.

—No lo sé.

Ariel se abrió la chaqueta, sacó tres hojas impresas y dobladas y las alineó. Eran capturas de textos breves, sin encabezamientos que me permitieran identificar al remitente, al destinatario o la plataforma. No señaló nombres. Recorrió con el índice la secuencia de términos.

—Ceuta. Marruecos. Estados Unidos. Israel.

En una captura figuraba CIA, en otra, americanos; en dos ponía Mossad y la tercera hablaba de apoyo israelí. El margen cronológico era impreciso, pero estrecho. La formulación que yo había recibido no coincidía palabra por palabra con ninguna de ellas, aunque compartía la combinación y la secuencia.

—¿Se parecía? —preguntó.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Lo bastante para que quiera conocer el origen de estas.

—No puede.

—Entonces no puedo evaluar la procedencia.

—Puede decir si reconoce el patrón.

—Lo reconozco.

Ariel recogió las hojas, conservando el mismo orden. Tres textos similares podían proceder de una fuente común, de copias sucesivas o de la convergencia entre rumores alimentados por las mismas noticias. También podían haberse lanzado para sembrar una atribución. La mesa no ofrecía medios para decidir entre esas posibilidades.

—¿Cómo llegó al circuito español?

—Por una vía privada.

—¿Izar?

Oír aquel nombre allí produjo un efecto que procuré no mostrarle en la cara. Izar había nacido en Ceuta, había tenido vínculos con el PSOE y había pertenecido a una etapa de mi vida que no pensaba reactivar para satisfacer la curiosidad de un funcionario cuyo cargo cabía en la palabra Gobierno.

—Hace mucho que no hablo con ella.

—No es eso lo que le he preguntado.

—Izar no me transmitió el rumor. No la he buscado y no pienso buscarla.

—¿Por qué?

—Porque hace mucho tiempo que no hablo con ella. Además, haber nacido en Ceuta no la convierte en una fuente sobre todo lo que ocurre allí. De hecho, Izar vive en Bruselas desde hace muchos años con sus hijas —hice una pausa—. Pero eso ustedes ya deben de saberlo.

Ariel asintió una vez. No supe si aceptaba la pulla, el límite o simplemente tomaba nota.

—Está intentando crear en España una asociación inspirada en la Citizens' Voice portuguesa.

—No hay ningún secreto en eso.

—No he dicho que lo haya.

—Las personas con las que hablo en Madrid por cuestiones relacionadas con los consumidores no hablan necesariamente conmigo de Israel.

—Rara vez se habla por un único motivo.

—Esa frase permite sospechar de todo el mundo y no concluir nada.

—A veces, no llegar a ninguna conclusión es el objetivo.

Ariel lo dijo de forma diplomática, pero sin pelos en la lengua, y tal vez por eso la observación me molestó más. Ya había trabajado en

contextos en los que el origen, el orden y la selección de elementos verdaderos cambiaban la lectura de una campaña; sabía que la influencia no exigía controlar a todos los participantes y que un intermediario podía favorecer un resultado sin conocer el diseño. Conocer esas distinciones en abstracto no impedía que las olvidara cuando mi propio nombre aparecía en el circuito.

—No me acercaré a Izar con otro pretexto —dije—. No utilizaré la Citizens' Voice como tapadera y no escribo textos sometidos a la aprobación de gobiernos.

—¿Sigue escribiendo?

—Escribo. No es mi actividad principal.

—Quizá eso sea lo que interesa. No es periodista acreditado, funcionario, diplomático ni experto en política exterior. Si sigue ocupándose de este asunto, si visita Israel, si habla con quien pueda enseñarle documentos, tal vez algún día escriba sobre lo que ha visto.

—Si escribo, el texto es mío. Pueden corregir fechas, nombres y datos verificables, proteger fuentes o explicar riesgos concretos. No suprimen una crítica por resultar incómoda para Israel ni aprueban la conclusión.

—Todavía ni siquiera le he pedido que escriba.

—Queda dicho sin esperar a que me lo pida.

Esta vez Ariel sonrió, pero sin placer visible.

—¿Siempre negocia lo que aún no le han ofrecido?

—Evita malentendidos.

—También puede crearlos.

—En ese caso tendremos material para la siguiente conversación.

Había reivindicado de antemano la independencia editorial con la prontitud de quien teme perder lo que ni siquiera posee, contradicción que no me favorece y que por eso merece quedar consignada. Ariel podía limitarse a poner a prueba mi disposición a seguir observando Ceuta; yo ya defendía la soberanía de una obra inexistente.

—Si buscan a un defensor automático de Israel, han elegido mal —dije—. Reconozco la masacre perpetrada por Hamás, los rehenes, el derecho de Israel a defenderse, la naturaleza terrorista de la organización y la existencia de túneles cuando esta queda demostrada. Sigo teniendo serias críticas que hacer en relación con Gaza, especialmente por las muertes de civiles, y cuanto más oigo elogiar la capacidad tecnológica de Israel, más difícil me resulta aceptar «no lo sabíamos» como explicación universal.

Ariel no corrigió el planteamiento, no enumeró las bajas israelíes ni intentó ganar la discusión por acumulación de sufrimiento.

—Entonces venga a ver aquello que cree saber.

—¿Eso es una invitación?

—Es una sugerencia.

—¿Gobierno?

—Mía, de momento.

—Sigue abarcando poco.

—Ya hemos mejorado.

La sequedad del intercambio no nos convirtió en aliados. Solo dejó establecido que él no me necesitaba obediente y yo no quería parecer disponible, dos posturas compatibles durante una hora y quizá incompatibles durante todo lo demás.

—¿Hubo intervención israelí en Ceuta? —pregunté.

—No confirmaré ni desmentiré operaciones de inteligencia.

—Eso no ayuda.

—Puedo decirle otra cosa. Israel quiere saber quién empezó a asociar el nombre del Mossad con Ceuta cuando la dimensión pública aún era limitada. La pregunta no significa que Israel no tenga intereses en la región ni que no dialogue con Marruecos y Estados Unidos. Significa que una atribución surgió pronto y circuló en más de un medio.

—¿Cuántos?

—Más de uno.

—Eso ya lo sé.

—Estupendo.

—¿Y si la atribución es correcta?

—Que apareciera pronto no la convierte en correcta. Del mismo modo que el hecho de que sea falsa no explicaría, por sí solo, quién la lanzó.

Ariel se quedó mirándome unos segundos.

—*היה זה מוזר*.

—¿Qué?

—*Kabdehu ve-hashdehu*. Es hebreo. «Respétalo y sospecha de él».

—Parece una forma agotadora de vivir.

—Es una forma útil de escuchar.

—O de no creer nunca en nadie.

—Creer no es necesario. Escuchar sí.

Ariel se guardó las impresiones en la chaqueta. Lo que acababa de decir acotaba la conclusión sin absolver a Israel y tuve que reconocer que esa contención era intelectualmente más seria que la alternativa que había llevado conmigo, según la cual la invitación a la calle António Enes confirmaría la participación o el encubrimiento. La presencia institucional demostraba interés. No desvelaba por completo el motivo.

—Conserve los textos originales —dijo—. No busque más interlocutores israelíes por ahora. Si reaparece la vía española, escuche lo que le digan sin tratar de demostrar enseguida una teoría. Y preferimos que no mencione este encuentro.

—No he firmado nada.

—Se lo he pedido. No se lo he ordenado.

—No divulgaré este encuentro sin necesidad. No prometo ocultarlo si llega a ser relevante para protegerme o explicar una decisión.

—Sirve.

—¿Sirve? ¿A quién?

Ariel ignoró la pregunta.

Miré el reloj. La conversación se estaba alargando más de lo que había previsto.

—¿Cuándo está disponible la semana que viene?

—No lo estoy. Me voy a Nápoles.

—¿A descansar?

—A trabajar.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta el día doce, como máximo.

No le expliqué los datos marítimos, ni los contratos, ni los derechos de uso, ni la sociedad de mi hermana y de Cláudia, y Ariel, por su parte, no preguntó, lo cual podía significar desinterés, pero también exactamente lo contrario, porque hay preguntas que solo hacen quienes aún no conocen las respuestas y yo estaba casi seguro de que, en algún lugar, en una carpeta de verdad o en una de esas carpetas que ya no necesitan papel para pesar sobre una persona, existiría suficiente información sobre mí, sobre mi familia, sobre las personas que trabajaban conmigo y tal vez incluso sobre algunas que simplemente habían tenido la mala suerte de aparecer demasiadas veces cerca de mi nombre. Si Nápoles le decía algo más que el nombre de una ciudad italiana, se guardó ese conocimiento, como quien reconoce una calle en la que ya ha estado y prefiere dejar que el otro crea que es la primera vez que la ve.

—Hablaemos después —dijo.

Nos levantamos. Busqué sobre la mesa una tarjeta que él no pensaba darme.

—¿Cómo contacto con usted?

—Cuando necesitemos hablar, le llamaremos.

—¿Otra llamada anónima?

—Tal vez.

El funcionario de la Embajada me acompañó hasta la salida. En la calle, la luz de Lisboa me obligó a entornar los ojos y durante unos pasos me limité a caminar, pasando junto a fachadas, coches aparcados y árboles que ninguna responsabilidad tenían en la opacidad del Gobierno israelí. Solo después miré la pantalla. Había un mensaje relacionado con Nápoles: la hora fijada para el cierre del contrato había cambiado y pedían confirmación.

Respondí que estaría allí. Abrí a continuación las tres conversaciones mediante las cuales había intentado esclarecer lo de Ceuta. En cada una había una versión distinta de mi pregunta y un grado diferente de evasión. No escribí a nadie.

Aquel lunes todavía creía que Nápoles era el único compromiso de la semana que ya estaba fijado. Cerré las conversaciones y desplacé el calendario hasta el jueves.

6 DE AGOSTO — NÁPOLES.

3

La isla pequeña

Italia, Procida

Apoyé los pies en una silla robusta, planté las manos en el suelo y alineé el cuerpo entre ambos apoyos, sin dejar que la cadera cediera al bajar el pecho. La habitación del hotel apenas tenía espacio para aquella disposición, razón por la cual una mano había quedado junto a la cama y la otra sobre la junta entre dos baldosas del suelo, pero bastaba. Subí, contuve la respiración un instante y volví a bajar. En cierto momento, las repeticiones empezaron a separarse por breves pausas, el aire entró con mayor peso y lo que hasta entonces había sido cadencia pasó a depender de una decisión renovada. Podía parar. Hice dos más.

Bajé los pies, me quedé en cuclillas hasta recuperar el aliento y enderecé la silla. No hubo celebración, anotación ni promesa de hacerlo mejor al día siguiente. Entré en la ducha, dejé correr el agua hasta perder el calor acumulado y me vestí para una reunión concertada hacía meses, cuando Ariel Nevo aún no había entrado en mi vida y Ceuta era, para mí, ante todo una geografía española vinculada a Izar.

La sala se encontraba en un edificio de oficinas de la zona de Piazza Municipio y pertenecía a Partenope Tracce Marine, una sociedad ficticia en el sentido de que el nombre no compromete aquí a ninguna empresa napolitana real, aunque, dentro de los acontecimientos que relato, tenía empleados, cuentas, clientes y la irritación napolitana de quien vendía un recurso y descubría que el comprador había ganado con él más de lo previsto. Virtuo Turing había obtenido bajo licencia datos históricos comerciales de AIS, registros de escalas portuarias, identificación pública de buques, posiciones transmitidas, horarios, meteorología y referencias abiertas sobre propiedad y gestión; las imágenes comerciales de satélite se compraban por separado. Nada de aquello estaba clasificado.

Sobre la mesa había dos versiones del contrato y un portátil conectado a un monitor. El desacuerdo cabía en una pregunta fácil de formular y cara de responder: cuando un conjunto de datos cedido bajo licencia se incorpora a un análisis que combina muchos otros elementos, ¿el resultado sigue derivándose del conjunto inicial o pasa a constituir un producto nuevo? Partenope quería una remuneración adicional. Virtuo Turing

aceptaba revisar usos específicos, pero se negaba a ceder porcentajes sobre inferencias construidas con múltiples capas.

Yo estaba allí por haber colaborado en dos componentes de Ariadne. En uno de ellos, dedicado al ámbito marítimo, mi aportación se había centrado en las preguntas, el diseño lógico, la definición de anomalía, los criterios que evitaban falsas alarmas y la relación entre entidades dispersas. No había escrito el sistema, no había concebido la arquitectura completa ni poseía esa capacidad casi divina que las presentaciones comerciales suelen atribuir a quien consigue señalar una pantalla sin vacilar. Sabía, sin embargo, dónde terminaba el registro y empezaba la inferencia, una frontera que, después de Ceuta, ya sabía que podía cruzarse sin cambiar un solo hecho.

Uno de los representantes de Partenope abrió un ejemplo. Durante días, un carguero había transmitido con regularidad. Después aparecía una laguna. Más adelante, la señal reaparecía y Ariadne disponía de ocurrencias compatibles, condiciones meteorológicas, escalas declaradas, referencias de gestión y trayectorias públicas, sin optar por una explicación definitiva.

—El sistema encuentra embarcaciones que desaparecen —dijo.

—No encuentra barcos. Encuentra huecos en los datos.

—Es una forma de decirlo.

—Esa es la diferencia por la que estamos discutiendo la remuneración.

Amplíe el segmento vacío. La falta de transmisión podía deberse a un fallo técnico, pérdida de cobertura, error de agregación, transmisión defectuosa o conducta deliberada, entre otras posibilidades. Ariadne ordenaba hipótesis y preservaba la procedencia de cuanto se había utilizado; no convertía el intervalo en una intención criminal. Si lo hiciera, dejaría de analizar y pasaría a escribir ficción con una seguridad que muchos novelistas, más honestos o solo más temerosos, no se atreverían a reivindicar.

La negociación se prolongó por la diferencia entre uso incorporado y reventa encubierta, dos expresiones que cualquier jurista puede mantener vivas hasta que el hambre vuelva razonables a las partes. Llegamos a un pago suplementario limitado para determinados productos marítimos, excluimos las pretensiones sobre inferencias de múltiples fuentes y acordamos un registro más riguroso de la procedencia. La solución no satisfizo por completo a ninguna de las partes, virtud modesta pero frecuente de los compromisos que perduran.

También revisamos el instrumento que me concedía derechos económicos condicionales en Virtuo Turing. La remuneración por mi trabajo había combinado un pago inmediato y una *stock option*, condicionada al valor de la sociedad y a acontecimientos que yo consideraba improbables.

La mantuve intacta. Al salir de allí, seguía suponiendo que el mayor alarde de imaginación de Virtuo Turing era la valoración realizada por mi hermana. Surgirían otras estimaciones.

Atravesé el centro histórico con la carpeta bajo el brazo, ya sin ganas de sentarme en un restaurante. En la Via dei Tribunali, las *scooters* se abrían paso entre los peatones, las fachadas desgastadas devolvían el calor y el mostrador de la Pizzeria e Friggitoria Dal Purgatorio ofrecía la solución que la reunión no había ofrecido: una opción barata, rápida y sin cláusulas. Pedí una *margherita a portafoglio* y una Pepsi. La pizza costaba un euro con cincuenta; la combinación salía por unos dos euros cincuenta, una suma indecorosamente baja comparada con los salones en los que solía comer y donde la vajilla por sí sola parecía exigir ingresos declarados.

Recibí la *margherita* doblada y envuelta en papel. El tomate y el queso caliente me obligaban a ajustar el agarre con cada bocado, mientras una mancha anaranjada se extendía junto a los dedos. Comí de pie, avancé unos pasos, bebí la Pepsi fría y miré lo que quedaba.

En Italia siempre es complicado mantener la línea.

La amenaza no estaba en aquella pizza. Estaba en la certeza de que sería capaz de repetir la experiencia dos horas después, con la misma convicción de que la disciplina matinal autorizaba reincidencias gastronómicas. Seguí por la Via dei Tribunali, pasé por la zona del Complesso Monumentale di Santa Maria delle Anime del Purgatorio ad Arco sin confundir la institución religiosa con el establecimiento donde había comprado la comida, distinción banal que merece conservarse porque a veces la proximidad y un nombre compartido bastan para que los narradores creen relaciones que el mundo no ha creado.

Al guardar la lata vacía, vi que estaba a pocos minutos de la Via Vincenzo Bellini. La decisión de ir al Bourbon Street Jazz Club surgió sin búsquedas ni planes. Sabía dónde estaba. Volvería al anochecer.

La puerta reconocible conducía al sótano, y fue Ruggiero quien entró conmigo desde la memoria, no Cecilia. Había sido él quien me había llevado allí en una ocasión remota y había elegido una mesa cerca de los músicos, donde escuché «Autumn Leaves» y observé al saxofonista con una atención que más tarde contribuiría a que comprara el Selmer, un saxofón de gama alta. Hay impulsos que no regresan con estruendo, apenas mueven un dedo que creíamos inmóvil y esperan a que el resto de la mano los siga.

Me senté en un lugar desde el que podía ver al cuarteto y pedí agua con gas. Los músicos no tenían nombres que yo pudiera darle al lector sin

inventarlos, e inventárselos sería quizá una pequeña violencia, porque les quitaría precisamente aquello que bastaba que fueran aquella noche: cuatro hombres tocando para gente que no sabía quién era yo ni necesitaba saberlo. La luz incidía en el saxofón tenor sobre el escenario y, durante algunos compases, los dedos de mi mano derecha repitieron sobre la mesa una posición antigua, aprendida en las llaves del instrumento y en apariencia olvidada, como tantas cosas que el cuerpo se encarga de guardar cuando la memoria ya ha decidido que no hacen falta. Paré al reparar en el gesto.

Cecilia apareció después, acompañada de Chiara y de aquella otra vez que habíamos entrado en el club. Ruggiero me había mirado y me había llamado Lelè. Nadie de mi vida reciente conocía ese nombre, Cecilia tampoco, y su sorpresa no había nacido de descubrir una mentira, porque yo no le había mentado, sino de darse cuenta de que había en mí una división que yo había mantenido al margen del hombre de los informes, las empresas, las reuniones y todas esas ocupaciones con las que vamos ofreciendo a los demás una versión suficientemente coherente de nosotros mismos.

Ruggiero me había empujado entonces hacia un saxofón tenor prestado y yo había tocado, sin perfección, como cabía esperar, quizá ni siquiera con la destreza que luego la memoria concede a las cosas que nos gustaron, pero toqué y quedé allí expuesto por el sonido y, sobre todo, por la alegría, quizá más por la alegría que por cualquier nota equivocada, porque nuestros defectos rara vez sorprenden a quienes nos aman; en cambio, las zonas donde fuimos felices sin ellos pueden doler de una manera para la que nadie está preparado.

No fui al Bourbon Street para reconstruir aquel episodio. No pregunté por Ruggiero, no le conté al camarero que ya había estado en aquel escenario ni busqué el contacto de Cecilia. Me quedé hasta el descanso, pagué la consumición y miré por última vez el saxofón del músico, que era suyo y seguiría siéndolo después de que yo saliera.

Esta vez nadie me llamó Lelè.

En la calle, saqué el aparato del bolsillo. Ariel me había recomendado que por el momento no sondeara a más interlocutores de su entorno; Yael quedaba lo bastante cerca de ese límite como para que escribirle constituyera una desobediencia parcial y lo bastante fuera de él como para que yo pudiera defender lo contrario si me pedían explicaciones. Los seres humanos no necesitan buenos argumentos para saltarse las recomendaciones, solo argumentos disponibles.

Escribí: «¿Estás en Italia?».

La respuesta llegó poco después: «Procida».

«¿Mañana?».

«¿Puedes estar aquí mañana?».

«Estoy en Nápoles».

«¿Nápoles? Debe de ser grave».

«Una reunión. Otro asunto. Nada especial. Pero me he acordado de que sueles estar ahí por estas fechas».

«Eso d q conozcas mis hábitos no es muy bueno».

«¿Puedo ir?».

Yael me respondió con una hora y una ubicación en Marina Grande.

El viernes por la mañana fui a Mergellina, no al Molo Beverello, de donde salen las conexiones regulares con Procida. Había fletado un *gozzo* de nueve metros, sencillo, abierto por popa, cómodo y sin ostentación. El coste no constituía un obstáculo, quería poder marcharme cuando terminara y, desde Mallorca, me apetecía estar en el mar sin depender de horarios. Yael no había sugerido aquella opción y no había en ella ninguna cautela clandestina; era una preferencia pagada, nada más.

Zarpé de Mergellina y puse rumbo a Procida. El motor alzó la voz al salir del puerto. Nápoles se empequeñeció por la popa, el Vesubio permaneció en el encuadre y el olor a combustible se mezcló con la sal. Mantuve las gafas de sol puestas y una botella de agua al alcance de la mano. El *gozzo* recibió golpes secos a medida que cobraba velocidad. No abrí la carpeta, no leí los textos de Ceuta ni preparé preguntas. No estaba allí de vacaciones. Tampoco necesitaba fingir que trabajaba durante la travesía.

Procida fue creciendo lentamente ante la proa, dando a la expresión isla pequeña un sentido de escala, no de importancia. En Marina Grande nos cruzamos con ferris, hidroalas y otras embarcaciones, y desembarqué en una zona destinada al tráfico menor, sin interferir con los muelles de las líneas regulares. Había fachadas de colores pastel, taxis, autobuses, comercios y el trasiego propio del puerto principal de un territorio que no dispone de espacio para separar demasiado bien la llegada de la vida cotidiana.

Yael no me esperaba en el muelle. Me mandó una ubicación escueta. Subí a pie hacia la zona elevada sobre Marina Corricella, por calles que se estrechaban, escaleras y pasadizos entre arcos, hasta divisar el anfiteatro de casas de colores sobre el puerto pesquero peatonal. La residencia estaba en una calle más arriba, resguardada de la vista directa desde el puerto y era ficticia hasta el último detalle, lo que la hace suficientemente distinta de la casa verdadera, que queda fuera de este libro.

Yael abrió la puerta con una taza en la mano.

—Has venido hasta aquí. No debe de ser nada bueno.